

LA APARICIÓN A MARÍA

Lc 2,33-35: “¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!”

Lc 2,19: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”

Lc 2,51: “Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”

“¡Oh bendito seas tú, Señor, que así tenías desconsolada a tu bendita Madre! No hay quien la consuele ni enjague sus lágrimas. ¿Qué hizo esta Virgen porque la habéis amargado de esta suerte? ¿Qué hizo esta oveja inocente? Decid: Si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus trabajos, y a las viudas? Ahora todas tienen consuelo. Más trabajada -podrán decir- fue mi Señora la Virgen María. Si perdí hijo, mejor lo perdió ella. Por amor de ti atribula Dios hoy a la Virgen, para que tú saques consuelo. Por tu amor atormenta a la Madre. Sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer” (SAN JUAN DE LA CRUZ).

“Después de que Jesús es colocado en el sepulcro, María «es la única que mantiene viva la llama de la fe, preparándose para acoger el anuncio gozoso y sorprendente de la Resurrección». La espera que vive la Madre del Señor el Sábado santo constituye uno de los momentos más altos de su fe: en la oscuridad que envuelve el universo, ella confía plenamente en el Dios de la vida y, recordando las palabras de su Hijo, espera la realización plena de las promesas divinas. (...) Un autor del siglo V, Sedulio, sostiene que Cristo se manifestó en el esplendor de la vida resucitada ante todo a su madre. En efecto, ella, que en la Anunciación fue el camino de su ingreso en el mundo, estaba llamada a difundir la maravillosa noticia de la resurrección, para anunciar su gloriosa venida. Así inundada por la gloria del Resucitado, ella anticipa el «resplandor» de la Iglesia. Por ser imagen y modelo de la Iglesia, que espera al Resucitado, María mantuvo un contacto personal con su Hijo resucitado, para gozar también ella de la plenitud de la alegría pascual. La Virgen santísima, presente en el Calvario durante el Viernes santo (cf. Jn 19, 25) y en el cenáculo en Pentecostés (cf. Hch 1, 14), fue probablemente testigo privilegiada también de la resurrección de Cristo, completando así su participación en todos los momentos esenciales del misterio pascual. María, al acoger a Cristo resucitado, es también signo y anticipación de la humanidad, que espera lograr su plena realización mediante la resurrección de los muertos. En el tiempo pascual la comunidad cristiana, dirigiéndose a la Madre del Señor, la invita a alegrarse: «Regina caeli, laetare. Alleluia». «¡Reina del cielo, alégrate. Aleluya!». Así recuerda el gozo de María por la

resurrección de Jesús, prolongando en el tiempo el «¡Alégrate!» que le dirigió el ángel en la Anunciación, para que se convirtiera en «causa de alegría» para la humanidad entera (SAN JUAN PABLO II).

“Considera a la mujer más prudente, María, madre de la Sabiduría verdadera, como alumna de su Hijo. Ella aprendió de Él, no como de un niño o un hombre cualquiera, sino como de Dios. Sí, ella medita en sus palabras y acciones. Todo lo que Él dijo o hizo quedó grabado en su mente. Lo mismo que antes, cuando concibió la Palabra misma en su útero, así ahora conserva dentro de ella su forma de ser y sus palabras, las acaricia como cuando estaba en su corazón. Ése que ahora ella mira en el presente, espera sea revelado con mayor claridad en el futuro. Esta práctica es la que siguió como una norma o ley durante toda su vida” (BEDA).

“La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. Los recuerdos de Jesús, grabados en su mente y en su corazón, marcaron cada instante de la existencia de María. Ella vive con los ojos en Cristo y conserva cada una de sus palabras. Así se describe la actitud de María ante el misterio de la Encarnación, actitud que se prolongará en toda su existencia: conservar en su corazón las cosas meditándolas. Lucas es el evangelista que nos permite conocer el corazón de María, su fe (cf. 1, 45), su esperanza y obediencia (cf. 1, 38), sobre todo su interioridad y oración (cf. 1, 46-56), su adhesión libre a Cristo (cf. 1, 55). Y todo esto procede del don del Espíritu Santo que desciende sobre ella (cf. 1, 35), como descenderá sobre los Apóstoles según la promesa de Cristo (cf. Hch 1, 8). Esta imagen de María que nos ofrece san Lucas presenta a la Virgen como modelo de todo creyente que conserva y confronta las palabras y las acciones de Jesús, una confrontación que es siempre un progresar en el conocimiento de Jesús” (BENEDICTO XVI).

“Díjome (el Señor) que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo ... y que había estado mucho con ella, porque había sido menester, hasta consolarla” (SANTA TERESA DE JESÚS).

“No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol del mediodía, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado, vuelta la gracia de aquellos ojos y acrecentada su primera hermosura... Tiénele, no le deja. Abrázale y pídele que no se le vaya. Enmudecida de alegría, no puede hablar” (FRAY LUIS DE GRANADA).